

sos con efectos conocidos: ninguno sobresaliente.

Las medidas tienen, por tanto, una lógica. Pero, a pesar de todo, su trascendencia es más bien escasa. Ni se va a conseguir reducir de manera importante el déficit energético (no olvidemos que, por otro lado, si la restricción del consumo que antes hemos mencionado se produjera plenamente, cosa que el Gobierno sabe que es improbable, la expectativa de nuevos ingresos fiscales desaparecería, situación en la que el Gobierno, no está interesado: la contradicción entre ambos tipos de efectos se va a resolver, "quod erat demonstrandum", a favor del segundo) ni se va a superar el gravísimo déficit presupuestario, aun cuando se reduzca en un ligero porcentaje.

Ahora se habla de medidas restrictivas más directas del consumo de energía y que podrían llegar hasta el establecimiento de una sobretasa para los que consumen excesivamente energía eléctrica. No parece un camino del que se vayan a obtener muchos frutos, pero, en último caso, será más efectivo que la subida del precio de la gasolina.

Se ha tratado de poner un pequeño parche a una rueda llena de

pinchazos. Parche que, por otra parte, va a costar lo suyo a una buena parte de españoles. Han subido la gasolina sin que se hubieran producido elevaciones en los precios de los crudos: ¿en cuánto subirá cuando la OPEP decida esta elevación, cosa que va a hacer antes de final de año? Sabido es que la Organización de Países Exportadores de Petróleo ha ultimado los trabajos técnicos previos a la decisión que se tomará sin duda el próximo 15 de diciembre en la reunión que la organización celebrará en Qatar. Se estima que dicha subida oscilará entre el 8 y el 12 por 100. Para empezar no está mal, porque según los expertos, en el curso de 1977 se aprobará una nueva subida que podría oscilar entre el 18 y el 25 por 100, aparte de que en ese mismo año se creará un mecanismo de subidas automáticas paralelo a las que registren los productos manufacturados importados por los países de la OPEP. En definitiva, las dos pesetas del pasado martes, decididas por razones autóctonas, no serán sino un entrechico de lo que va a ocurrir en breve. Algunos dirán, no sin razón, que el Estado podía haber escogido, para aumentar sus recaudaciones, un

producto menos problemático que la gasolina... y que los restantes productos petrolíferos, cuyos precios han permanecido inmutables ahora, pero que probablemente no podrán quedarse en esa situación cuando los países de la OPEP decidan lo que tienen pensado; y es sabido que cuando sube el gas-oil y el fuel, sube todo. A menos que el Estado quiera subvencionarlo, para lo cual no tiene dinero.

Por donde quiera que se mire la cosa, está negra. El Consejo de Ministros último abordaba otro de los temas cruciales dentro de la actual coyuntura económica, directamente relacionado con el anterior: el déficit comercial que en los siete primeros meses del año ha ascendido a la cifra record de 334.000 millones de pesetas. Las importaciones durante dicho período fueron de 654.637 millones de pesetas, creciendo en un 16,9 por ciento respecto a igual período del año anterior, y las exportaciones se elevaron a 320.570 millones, creciendo en un 24,6 por 100. El petróleo es responsable de una cuarta parte del total de las importaciones, aun cuando es previsible que dicho porcentaje aumentará a la luz de las subidas previstas. Y frente a esta

increíble magnitud de importaciones que el Gobierno no se siente capaz de modificar, la política oficial es la de aumentar las exportaciones. Una política que no puede criticarse como orientación general, pero cuyos efectos han de verse a la luz de las posibilidades reales. Y lo cierto es que, por muchas medidas que en este sentido se han dictado, España sigue sin tener una estructura productiva capaz de exportar y los cambios para lograrla son más profundos de lo que dichas medidas, la mayor parte meramente técnicas, pueden hacer.

Las recientemente adoptadas en este sentido se suman al carro de las anteriores, aprobadas en los últimos dos o tres años. Son de escasa relevancia y su trascendencia real va a ser mínima. No se las puede presentar, ni de lejos, como un plan para fortalecer la exportación. Eso es harina de otro costal.

Si la falta de un programa económico claro es una de las críticas más constantes que se hacen al actual Gobierno, las recientes medidas no han variado en nada dichas opiniones. En todo caso, han podido encontrar algunas posturas. Seguimos sin política económica. ■ CARLOS ELORDI

Madrid

El pan nuestro de cada día

Desde hace mucho tiempo, las Asociaciones de Vecinos madrileñas vienen protestando por los fraudes que encuentran en el pan: falta de peso reglamentario y descubrimiento de "aditivos" (fórmulas extrañas que "hinchan" el pan y que en muchos casos resultan nocivas para la salud). A esta protesta continua, arrastrada durante años, se añadió la provocada por el alto precio que el pan —aún alimento fundamental en muchos hogares— venía adquiriendo. Subidas injustificadas aprobadas por distintos Consejos de Ministros que iban transformando el alimento barato y básico en un sutil artículo de lujo. Pero estas protestas no tenían resultado alguno, ya que el precio del pan era mantenido por el consorcio de panaderos. Un acuerdo férreo que no admitía variación por ninguno de ellos...

Hasta que surgió en la historia el señor Alonso Munárriz, quien, por las razones que sean, decidió por su cuenta y riesgo bajar el precio del pan. Para ello, se enfrentó primero con el consorcio, denunciando a uno de sus representantes, el señor Pérez Pillado, por los fraudes cotidianos: peso y "aditivos". Pero dado que la denuncia no prosperó —entre otras cosas, porque el señor Pérez Pillado falleció al poco tiempo—, Alonso Munárriz utilizó un sistema expeditivo y poco corriente: presentarse en el local del con-

sorcio con una escopeta de dos cañones y amenazar allí a todos los fabricantes. Incluso llegó a perseguirlos por la calle al grito de "al ladrón, al ladrón"... Pero, naturalmente, el unilateral acuerdo de los fabricantes "grandes" de mantenerse en los precios aprobados no variaba: un fabricante puede correr por las calles, aceptar denuncias y perder la "imagen", pero no aceptará bajar un precio que le va tan ricamente.

De acuerdo con el alcalde de Madrid, señor Arespacochaga, Alonso Munárriz comenzó entonces a vender su pan a algunas Asociaciones de Vecinos, y éstas, en los locales sociales, a distribuirlo más barato entre sus socios. La ba-

rra de 14 pesetas, por ejemplo, sólo a 11 pesetas. Las Asociaciones de Vecinos declararon continuamente que su misión no consistía en transformarse en expendedoras de pan, sino que aceptaban provisionalmente este trabajo como algo "simbólico" que demostraba la posibilidad de que el pan podía ser más barato. Y sí podía serlo, ¿por qué no lo era? Estos puestos de venta fueron proliferando hasta que el domingo 29 apareció en la prensa la noticia de que los harineros boicotearon al señor Alonso Munárriz, negándose a venderle su harina. A Munárriz esto le ha parecido de perlas, "ya que así quedan al descubierto los métodos que utiliza la Agrupación de Panaderos

para imponer su mafia. Estoy seguro de que el corte del suministro de harina se debe a amenazas hechas contra los harineros".

Mientras el pan ha venido vendiéndose más barato, las Asociaciones de Vecinos, que según han explicado no querían perjudicar a los pequeños comerciantes de cada barrio, han descubierto diversos aspectos nuevos de la cuestión: que la mayoría de los expendedores dependen directamente de las panificadoras, que se encuentran en situación laboral anormal (sin vacaciones, sin Seguridad Social, sin pagas..., cobrando en comisión), que en algunos pueblos vecinos a Madrid los campesinos venden su trigo a precios ridículos con la posibilidad de comprar pan hasta por 5 pesetas, la barra que en Madrid se vende a más del doble... Que, en fin, el problema de la subida o de la bajada de un precio tiene connotaciones complejas que pueden llegar a complicar a estratos "altos" de nuestra sociedad.

Lo curioso es que ha habido Asociaciones de Vecinos que no han podido dedicarse a vender el pan barato por falta de tiempo, ya que se encuentran dedicados nada menos que a la venta de libros de EGB. Es el caso, por ejemplo, de Leganés. Y es como se demuestra aquello de que no sólo de pan vive el hombre, las Asociaciones de Vecinos van a ir de culo. ■ D. G.

